

Debates sobre Estado, gobierno y control social

Revitalizar las prácticas de resistencia



Melisa Campana
José Gabriel Giavedoni
(Compiladores)

Revitalizar las prácticas de resistencia / Melisa Campana... [et al.]; compilado por Melisa Campana; José Gabriel Giavedoni; prólogo de Margarita Rozas Pagaza y Arturo Fernández. 1a ed. Rosario: Pegues, 2017.
Libro digital, PDF/A

Archivo Digital: descarga y online

ISBN: 978-987-45664-3-0

I. Economía Política y Social Argentina. I. Murillo, Susana II. Campana, Melisa, comp. III. Giavedoni, José Gabriel, comp. IV. Dávilo, Beatriz, prolog. V. Germain, Marisa, prolog.

CDD 320.01

PEGUES

Registro de ISBN:

Créditos editoriales

Fotografía de tapa: Pablo Manfredi

Maquetación y diseño: Georgina Ricci | www.ichi-d.com.ar

Compiladores: Melisa Campana y José Gabriel Giavedoni

Referato: Dra. Beatriz Dávilo y Dr. Luciano Andrenacci

Índice

Prólogo

Margarita Rozas Pagaza y Arturo Fernández

6

Capítulo I

Elogio del Hablar en Borrador

Melisa Campana

12

Capítulo II

Conocimiento, Universidad y Neoliberalismo. Hacia una nueva morfología de la educación superior

José G. Giavedoni

19

Capítulo III

Foucault y el marxismo. Aproximación a un dispositivo de lectura de las relaciones sociales y los procesos de subjetivación

Susana Isabel Murillo

49

Capítulo IV

Neoliberalismo y ethos empresarial. Algunas imposturas sobre el presente

Emiliano Sacchi

69

Capítulo V

*La posmodernidad y la “cuestión de la (in)seguridad”:
algunas reflexiones sobre la vinculación entre la soledad,
la lógica empresaria y la virtualidad en la constitución de
sujetos temerosos*

Luciana Ginga

84

Capítulo VI

*¿Y la integralidad?, ¿y la especificidad? Análisis crítico
del Proyecto oficialista de Código Procesal Penal Juvenil
de la Provincia de Santa Fe*

Ana Laura Pinto

101

Capítulo VII

*De la reforma judicial al gobierno de la (in)seguridad:
el Foro de Estudios sobre la Administración de Justicia
(FORES)*

Antonella Gaudio

118

Capítulo VIII

*Hacia una genealogía de las políticas habitacionales
implementadas en los complejos rosarinos del Fondo
Nacional de Vivienda*

Florencia Brizuela

136

Capítulo IX

La idea de “ser en potencia” en relación al dispositivo de la economía social y solidaria. Algunas consideraciones críticas

Susana Presta

155

Capítulo X

Antinomia Economía Positiva-Economía Normativa: apuntes para el análisis de la conformación de un régimen de veridicción

Paula De Büren

169

Capítulo XI

Una relectura de “Mil Mesetas” en las actuales sociedades de control. Para converger la práctica política de Ciudad Futura al pensamiento de Deleuze y Guattari

Julia Moreno Parón

187

Capítulo XII

La configuración de la (in)seguridad en los spots de campaña de la América del Sur

Tomás Pareta

201

Capítulo XIII

Foucault entre bambalinas: entrevista inédita sobre la sublevación iraní de 1978

Soledad Nívoli

221

Capítulo IV

Neoliberalismo y *ethos* empresarial. Algunas imposturas sobre el presente

Emiliano Sacchi²⁶

*“No encontrareis aquí una descripción de la Argentina.
Quizás incluso no reconoceréis sus paisajes.
El paisaje es aquí un ‘estado del ánimo’.
Este diario, a pesar de las apariencias,
tiene igual derecho a la existencia que un poema”.*
Witold Gombrowicz

Moral y *ethos* empresarial

El que escribe estas líneas, el que las leerá, la cajera del supermercado, el que le paga, el chico que rocía glifosato en Salta, el que lo controla, la mujer que espera en la sala de cualquier hospital, la asistente social, el más humilde de los trabajadores, el que lo explota, el paraguayo que busca una changa, el que hace la transa, la chica que se prostituye, el fiolo, el que vende y el que la consume, el que se la rifa toda en el casino, los que la lavan toda en algún paraíso fiscal, el que la blanquea, todos, pero absolutamente todos, más allá de cualquier distinción de clase, género y/o raza, nos vemos impelidos a concebirnos y a comportarnos como empresarios o, como dice la jerga en curso, como *emprendedores*.

Ni unos ni otros necesitamos hacer un curso de micro-emprendedurismo comunitario, ni ir a un *workshop* sobre “cómo hacer tu emprendimiento

26 Docente de Teoría Política III y Director del Centro de Estudios en Filosofía de la Cultura, UNCO. Investigador de CONICET.

personal”, ni tener un *coach* que diga “cómo hacer de tu nombre una marca”, ni una asistente que explique cómo hacerse resiliente, ni ir a un taller barrial para empoderarse, ni asistir a un encuentro grupal para reconocer fortalezas y debilidades. Aunque siempre es bueno para la *grey* escuchar al pastor, hoy a nadie le hacen faltan los nuevos sacerdotes de la Empresa para vivir según la *moral empresarial*. Del mismo modo, no le hacía falta al hombre medieval asistir a misa para vivir en Cristo.

Conocido es el apotegma de M. Thatcher según el cual *la sociedad no existe*, existen a lo sumo los individuos y la familia y estos son, como diría el mismo Nozick, tan sólo “*empresas en miniatura*”. En este último medio siglo, la moral empresarial ha entrado en todos los rincones de nuestra vida, de nuestros hábitos, de nuestros cuerpos, en las altas esferas de las decisiones corporativas, en los lugares de trabajo tradicionales y en las mil formas de la precariedad, en las camas y en las calles, ha reinformado todo lo social bajo su forma y ha transformado nuestras vidas, ha penetrado todos los viejos aparatos de estado, las instituciones religiosas, jurídicas y disciplinarias, ha parasitado todas las formas del poder. Omnipresencia de la empresa: somos en la Empresa, en esa gran Empresa que es el mundo contemporáneo. Quizá allí radique la fuerza brutal que cierra sobre sus propios límites el mundo en el que vivimos y que evacúa en él todos los posibles que lo habitan.

Difícilmente comprendamos esta profunda pregnancia si creemos que la Empresa designa tan sólo una mera transformación en las técnicas de organización del trabajo y de la producción. Pudo serlo en un principio y sin dudas su nacimiento está ligado a esas transformaciones, pero hoy es ante todo el núcleo de la moral de nuestro tiempo. El emprendedorismo está profundamente vinculado con el capitalismo post-fordista, con la precariedad y flexibilidad de las formas del trabajo que aquél supone, con el avance del trabajo cognitivo e informacional que hace que nuestros cuerpos y nuestras potencias humanas devengan *capital fijo*, pero no se reduce a esos fenómenos: como dicen sus apologistas, el emprendedorismo es un *ethos*, una “cultura”: *It's a culture that makes things better, easier, faster, more impactful, and more accessible -asking, "What's next" not "What now?" (Entrepreneurial Ethos, University of California)*. Después de todo el capitalismo también puede ser definido como una *ética*. Y no en vano la Empresa misma habla hoy de su ética y de su misión. Sin embargo, la ética de la empresa no es la ética sacrificial del trabajo, de la profesión como vocación, la

ética protestante que según Weber está en el origen del capitalismo. Se trata de otra ética y de un *nuevo espíritu del capitalismo*.

A partir de sus estudios sobre el mundo antiguo, Foucault sostenía que la moral puede estar orientada hacia dos polos, el código y la ética. Hoy, la Empresa es la moral. Sin embargo, una moral que no se define como un código que delimita lo lícito y lo ilícito, lo santo y lo pecaminoso, lo normal y lo patológico; sino más bien como un *ethos*, en el sentido de nuestros usos y costumbres, de nuestras maneras de ser. Es decir, la Empresa se define menos por un código al que obedecer que por el modo de relacionarnos con los códigos, con los otros y con nosotros mismos. De hecho, la Empresa se presenta constantemente como lo opuesto a la rigidez de todo código. En ese sentido todo el discurso empresarial habla de promover la libertad, la creatividad, la innovación, la autonomía, la autovaloración, la experimentación, etc.

Hablando como Deleuze y Guattari, habría que decir que la Empresa es, primeramente, empresa de decodificación. En efecto, según ellos, la originalidad del capitalismo en relación a todas las sociedades pre-capitalistas, radica en que no necesita de un código para cuadricular el conjunto del campo social. Más bien, se ha impuesto en todo el globo a fuerza de barrer todos los códigos que limitaban la circulación de los flujos de cuerpos, de órganos, de afectos, de signos, de máquinas, del dinero, etc. Pero, según este mismo análisis, el capitalismo no sólo decodifica: al mismo tiempo monta sobre los flujos descodificados una “axiomática” dinámica, flexible, siempre abierta, capaz de coordinar los flujos y de agregar siempre un axioma más para cada flujo. En el campo de la moral en particular, podríamos decir que produce axiomas para cada comportamiento, para cada uso, para cada costumbre, *in fine*, para cada manera de ser, para cada existencia singular. La Empresa como moral compone una *axiomática de los comportamientos libres*, no un código de las prohibiciones. Promueve la libertad de los comportamientos, los pone en juego, busca su optimización independientemente de que sean lícitas o ilícitas, normales o patológicas, santas o pecaminosas. Desde el punto de vista de la Empresa esas distinciones no tienen importancia, en cierto sentido: la Empresa está más allá del bien y del mal.

Escuchamos a diario la cantinela de que se han perdido los valores, que el estado ha perdido no sólo el monopolio de la violencia legítima sino el de la misma Ley. Quizá se trata de esa transformación de la que hablaba Foucault en los últimos

años de su vida: estamos saliendo de milenios de una moral definida como obediencia a un sistema de reglas y en ese sentido, sólo en ese, tal vez somos un poco griegos. Quizá allí radique una de las razones de su interés en el mundo antiguo, justo después de estudiar el neoliberalismo, la forma Empresa, las teorías de Capital Humano y el empresario de sí mismo. El mundo antiguo, como la actualidad, exhibe un tipo de moral no orientada hacia el código. Hoy, como los griegos, lo que somos no es tanto el efecto de un código y sus prohibiciones, como el resultado de las prácticas a partir de las cuales nos relacionamos con las interdicciones, con nosotros mismos y con los otros, modelando nuestros comportamientos.

Nos engañamos si creemos que toda la moral de nuestro tiempo está simplemente en las prohibiciones y nos engañamos doblemente si consideramos que la libertad se encuentra tras la liberación de todos los códigos y sus interdicciones. De hecho, los códigos de reglas morales ya han perdido su fuerza, ya no creemos que se pueda fundar nuestra moral en el dogma de una religión, ni en la verdad de una ciencia, ni menos aún estamos dispuestos a que el Estado intervenga en nuestra vida personal íntima. Ya no creemos, no creemos en nada, ni en Dios, ni en el Progreso, ni en la Revolución y aunque queramos creer en algo de ello, nos resulta espantosamente difícil hacerlo. Sólo creemos en “nosotros mismos” o, por lo menos, es lo que todo el tiempo se nos pide, aun cuando no sabemos bien qué es lo que ello querría decir. Somos refractarios a todo código, a toda regla que pretenda imponerse desde afuera y limitar nuestra supuesta y sobrevalorada autonomía.

Pues bien, la Empresa responde a esa cacareada “crisis de los valores”, a esa ausencia de moral y responde no con un código, sino con una “cultura”, un *ethos*, una *axiomática de los comportamientos* que no se definen en función de un código universal, sino en función de su flexibilidad y de sus resultados, siempre locales, siempre contingentes, siempre precarios. La Empresa no tiene una Ley, pero tiene una especie de jurisprudencia de las “buenas prácticas” y de las “experiencias exitosas” a la que no estamos obligados a someternos, sino a partir de la cual, voluntaria, razonada y calculadamente, podemos fijar nuestras propias reglas de conducta y podemos buscar transformarnos y mejorarnos a nosotros mismos, modificar nuestro ser singular y hacer de nuestra existencia y de nuestra persona no una “obra de arte” (como los griegos), pero sí un capital, un producto,

un emprendimiento, una *marca* que presenta ciertos valores económicos, estéticos y comunicacionales.

Ser empresario, entonces, no tiene nada que ver con lo que sociológicamente se entiende por tal cosa; ser empresario como lo dicen las revistas domingueras, la cuota diaria de publicidad o los manuales de emprendedorismo que reciben los chicos en la escuela, es una *cuestión de actitud*: un estilo de vida, una manera de pensar y de vivir. La manera hegemónica en nuestro tiempo. En ese sentido, *todos* somos empresarios. Hay un emprendedorismo para todas y todos: uno para los niños pobres que tienen que embellecer ellos mismos sus “territorios”, uno para los pobres adultos que tienen que volverse empleables, uno para los indios que tienen que hacer de su arte un emprendimiento comunitario, uno para lesbianas, *gays*, trans, bi y para todxs lxs otrxs que tienen que empoderarse, pero también uno para los profesionales, para los gerentes, y uno para los buitres de toda laya, para ellos también hay un conjunto de técnicas para mejorar su rendimiento, para lograr más y mejores éxitos. Allí radica la ensoñación igualitaria de la empresarialización del mundo: todos somos empresas en miniaturas. No hay más conflictos, desigualdades, opresiones, luchas, sólo una transparente competencia en la que cada empresario busca sus propios fines, los que se da a sí mismo de forma autónoma.

De esa forma, la Empresa responde al que Foucault consideraba el problema ético central: *la práctica reflexionada de la libertad*. De allí que algunos lectores aparentemente desprevenidos pero muy intencionados puedan haber leído en Foucault una apología del neoliberalismo y de la empresarialización de la existencia. El problema parece ser bastante más espinoso: radica justamente en las técnicas, los discursos y las prácticas insidiosas con las que la Empresa responde al problema de darle forma a nuestra existencia.

La Empresa no sólo nos dice, “¡sé libre!”, “¡sé pro-activo!”, “¡sé innovador!”, “¡acepta los riesgos!”, “¡vive peligrosamente!”, sino que le da una forma concreta a la práctica de esa libertad, da una forma ética a nuestros comportamientos y los compone, los pone en juego. No se nos impone como un código externo, como una represión o bajo el ardid de una representación deformada de lo real de la cual habríamos de liberarnos. En tanto moral, la Empresa no prohíbe, no reprime, no miente, nos deja libres en nuestros pensamientos y actos, pero sus prácticas, discursos y técnicas constituyen toda una tecnología que delimita el campo y da una forma concreta al ejercicio de esa

libertad. Nos da las herramientas y las técnicas para que seamos libres, para que practiquemos esa libertad, para que operemos sobre nosotros mismos un trabajo meticuloso para dar libremente forma a nuestras existencias.

Por lo tanto, no hay nada que celebrar en el hecho de que la moral de la Empresa implique una ascética, no nos volvemos ni más griegos ni más libres al comportarnos según el *ethos* empresarial. Pero a la vez, el problema no está en la ascética en sí misma, sino en la matriz empresarial que ésta adquiere, en las técnicas que ella supone y, por lo tanto, en las formas concretas que podemos dar con éstas a nuestras existencias. Básicamente, que esta ascética sea empresarial quiere decir que se trata de concebir la propia vida como un capital en el que hay que invertir, al que hay que darle forma, cultivar, mantener, actualizar e incrementar ininterrumpidamente: cada uno de los actores sociales que enumeramos al principio de este texto está incitado a reconocer su propio capital, a reconocerse a sí mismo, a sus idoneidades, sus habilidades intelectuales, manuales, corporales, afectivas, a sus lazos sociales, comunitarios, familiares, como un capital en el que hay que invertir. De tal forma, nos volvemos *inversores de nosotros mismos* y como tales debemos obtener una renta de nuestro propio capital, de ese capital que somos: nos volvemos *explotadores* o *buitres de nosotros mismos*. Somos a la vez el explotador y el explotado, el inversionista y el capital, la bolsa y la vida. Allí radica su fuerza y su perfidia. La moral empresarial nos deja libres de actuar sobre nosotros mismos, pero las técnicas que nos da para actuar sobre nosotros mismos, son las técnicas de la economía neoliberal, más precisamente, de las teorías del capital humano. Según este supuesto, la práctica reflexionada de la libertad se traduce como el comportamiento calculado bajo la racionalidad económica de la inversión, del costo-beneficio, la aplicación de esa racionalidad a cada uno de los aspectos de nuestra vida. La forma como nos vestimos, como hablamos, como nos comprometemos con otros, como amamos, como actuamos políticamente, como gozamos; comportamientos tan diversos como tener hijos, elegir o buscar un trabajo, cambiar de sexo, putear al patrón, cometer un crimen, es decir, toda conducta humana debe ser evaluada igualmente según esa misma grilla.

Trayectorias tecnológicas: la novedad en perspectiva

Dentro de la historia de las técnicas se habla de “trayectorias tecnológicas” para dar cuenta de cómo en la historia de los desarrollos tecnológicos, las

condiciones socio-económicas favorecen un proceso selectivo que hace que entre varias líneas de desarrollo posibles y abiertas por algunas innovaciones fundamentales, sólo algunas líneas precisas y determinadas se consoliden de manera acumulativa. De tal forma, entre posibilidades tecnológicas divergentes algunas logran imponerse sobre otras limitando el universo de las exploraciones posibles y hegemonizando las posteriores innovaciones técnicas. Claro está, en el marco del capitalismo las trayectorias tecnológicas están presionadas por las posibilidades de valorización del capital comprometido en las innovaciones. En ese sentido, esas trayectorias tienen una dirección impresa. Lo mismo podemos decir de la historia de las *técnicas de sí*. Que el *ethos* empresarial, como técnica para actuar sobre nosotros mismos y dar forma a nuestra existencia, se haya impuesto de forma hegemónica, da cuenta del profundo entrelazamiento entre esta técnica de sí y la valorización capitalista, o dicho de otra forma, de la importancia decisiva que tiene para la producción y valorización capitalista la producción de una subjetividad empresarial.

Es inquietante que la Empresa haya logrado hegemonizar las trayectorias tecnológicas de las técnicas de sí y haya logrado constituirse en un *ethos*, en el *ethos* de nuestro tiempo. Pero es aún más inquietante que esta *técnica de sí* se haya vuelto hegemónica en la medida misma en que funciona como elemento central de la *tecnología de gobierno neoliberal* característica del capitalismo contemporáneo. De allí que, inversamente a lo que proponen quienes quieren presentar a Foucault como un apologista del neoliberalismo y de la empresarialización de la existencia, nos veamos en la tentación de decir que la supuesta libertad y la valorada autonomía del sujeto que la moral empresarial pone en juego, oculta una *heteronomía* más profunda. A final de cuentas, la incitación a la libertad y la autonomía está *puesta al servicio* de un gobierno de los hombres que, a su vez, está profundamente entrelazado con las formas de valorización del capital. Pero ya lo dijimos: no hay ardid ni ocultamiento, *el poder es cínico*. Quizá el error esté en poner la cuestión en términos de autonomía y heteronomía. Tampoco se trata de denunciar a los *nuevos pastores*, sean expertos, *coachs*, técnicos, asesores o lo que fuere. Ya lo dijimos al principio, no nos hacen falta esos pastores del emprendedorismo para reconocernos como sujetos morales empresariales. Autonomía y heteronomía o, en el lenguaje actual de la Empresa, *proactividad y reactividad*, son distinciones internas de esta misma moral. Efectivamente, en tanto subjetividades

empresariales somos libres y autónomos, pero lo inverso es igualmente cierto: somos libres y autónomos (*sólo*) en tanto subjetividades empresariales. Lo complejo de esta moral es que justamente hace de la autonomía y de la libertad su motor, por ello debe producirlas y gestionarlas. En ese sentido es una *axiomática de los comportamientos libres*. Y es a esta axiomática a lo que Foucault llama *gubernamentalidad neoliberal*. Como él mismo anticipaba, se trata de una gubernamentalidad que es “*consumidora de libertad*”, que tiene necesidad de libertad y, por lo tanto está obligada a producirla, organizarla, gestionarla: *axiomatizarla*.

Toda una forma de poder está en juego a partir del *ethos* empresarial y por lo tanto es necesario repensar, en función de esa nueva modalidad que adquiere el gobierno, las posibilidades actuales de las resistencias y las posibilidades de no seguir siendo gobernados tal y como somos gobernados en el presente. No hay forma de poder que funcione sin poner en juego una producción de la subjetividad. En ese sentido decía Foucault que estudiaba el poder porque le interesaba la cuestión del sujeto. Ciertamente, todos sus análisis sobre el poder disciplinario, normalizador, biopolítico, etc., dan cuenta de la fabricación de modos de ser sujeto en las mallas del poder y del saber. Suele decirse que en todos ellos la cuestión está puesta en los dispositivos que hacen del sujeto el objeto de un saber y blanco de un poder, por lo tanto, en los *procesos de objetivación* que lo escinden tanto en su interior como de los otros según alguna especie de código o norma: normal/patológico, loco/cuerdo, criminal/disciplinado, etc. Por lo tanto, el sujeto siempre aparecería como producto de una objetivación. El *ethos empresarial* que a nuestro juicio está hoy en el corazón de la gubernamentalidad neoliberal, funciona de una forma divergente. En este nuevo arte de gobierno no nos constituimos sólo en sujetos en la medida en que nos volvemos objeto de saber y de poder, sino que nos vemos impelidos a transformarnos en sujetos a partir de tomarnos a nosotros mismos como objetos de una técnica de sí que dé a nuestra vida una forma empresarial.

No obstante, habría que tener algunos cuidados con la “novedad” de la gubernamentalidad neoliberal. En primer lugar, vale la pena recordar que si bien es novedoso el hecho de que nos concibamos a nosotros mismos como empresas, empresarios de sí y como capital humano, no es tan novedosa la técnica de gobierno que nos incita a actuar como sujetos libres, responsables y autónomos. Ciertamente, Foucault definía el ejercicio del poder en tanto gobierno como un

modo de acción sobre acciones, un modo de conducir las conductas de los otros y en ese sentido: *el poder sólo se ejerce sobre sujetos libres, y sólo en tanto ellos sean libres*. Es decir, sólo se ejerce sobre sujetos que tienen la libertad de conducirse a sí mismos. Después de todo, desde la pastoral cristiana en adelante, la incardinación del gobierno sobre el sujeto no se ha dado sólo mediante técnicas de objetivación, sino que a la vez e insistentemente se ha pedido a los hombres que sean responsables de sí mismos, que cuiden sus cuerpos, sus conductas, que busquen la verdad de sí mismos, que la enuncien, que la registren, que hagan todo un trabajo sobre sí mismos ya sea para constituirse como sujetos que se adecúan a los códigos de la moral o a los óptimos de lo normal. Eso es lo que está en juego cuando se dice que hay que pensar el poder en términos positivos y productivos: el poder produce sobre todo subjetividad, modos de ser, estructura el campo de lo real y lo posible. El mismo poder disciplinario, tan a menudo caricaturizado como un poder de la negatividad, que sólo traza límites e impone al sujeto un molde uniforme como una cadena de montaje fordista, supone, por el contrario, el funcionamiento de la *norma* lo que marca el abandono del *postulado de la legalidad* según el cual el poder se expresa por medio de la Ley y como prohibición. Y, más aún, conlleva a la par de las técnicas de objetivación del sujeto por el saber y el poder, unas verdaderas técnicas de subjetivación: de hecho, las técnicas disciplinarias son, ante todo, auto-disciplinarias. Recordemos que su genealogía va de las técnicas del ascetismo monacal al archipiélago carcelario de la sociedad disciplinaria. De nuevo, la cuestión está en cómo unas técnicas como las del ascetismo monacal, a partir de cierto punto pueden desbloquearse, volverse hegemónicas, extenderse sobre todo el campo social y entramarse con el despunte del capitalismo. Al distinguir la función de la norma de la función de la Ley soberana, Foucault buscaba, en efecto, distinguir una tecnología de poder que opera mediante la primacía del código y sus prohibiciones de una que opera a partir de las distribuciones dadas en un campo abierto de posibilidades en el cual diversos comportamientos, diversas respuestas, reacciones e invenciones pueden ser realizadas. La normalización, con el desplazamiento de lo jurídico a lo médico que supone, no es una Ley que se impone sobre los sujetos, que los moldea a su imagen, sino una optimización de la auto-normatividad de los vivientes. En ese sentido es tan axiomática como la axiomática neoliberal de los comportamientos libres. En efecto, no son el neoliberalismo y la moral empresarial los que inician

el proceso de decodificación capitalista, sino que aquellos sólo pueden ser entendidos como parte de este último. Después de todo, no hemos tenido que esperar al neoliberalismo para aprender a vigilar “libremente” nuestro cuerpo, nuestra salud, nuestra sexualidad, nuestras conductas. Una larga serie de técnicas de observación y cuidado de sí mismo toman forma al calor del despunte del capitalismo, de las campañas de moralización de la infancia, de la familia, de la sexualización y racialización de los cuerpos productores y reproductores. Por lo tanto, pensando en esta trayectoria tecnológica, es perfectamente posible decir que las técnicas del empresario de sí son un capítulo más de la historia de las tecnologías biopolíticas surgidas en la modernidad occidental. No olvidemos que el curso sobre la gubernamentalidad neoliberal, pretendía justamente dar cuenta del *Nacimiento de la biopolítica*. Con esto queremos decir: sin dudas la moral empresarial es la moral de nuestro tiempo, pero esta moral se entronca dentro de la historia de las tecnologías disciplinarias, normalizadoras y biopolíticas y como éstas se entraman con el surgimiento y las transformaciones del capitalismo. En ese sentido nos parece un error muy difundido confundir el diagnóstico del presente con una historia sucesiva de diferentes épocas o sociedades (disciplinaria, biopolítica, de control, neoliberal, del cansancio, etc., etc.). No se trata de épocas históricas sino de conjunto de técnicas, discursos, prácticas que se entrelazan de forma diferente en nuestro presente, que a su vez no es único ni homogéneo. Así como Foucault pudo dar cuenta de cómo una técnica tan menor como la del ascetismo monacal pudo hacer máquina con una compleja tecnología de poder en el momento de la acumulación originaria capitalista, del mismo modo deberíamos trazar nosotros las genealogías de las técnicas para dar forma a nuestra existencia como capital y analizar las tecnologías de poder con las que se articula. Preguntarnos menos si hemos “superado” definitivamente la sociedad disciplinaria o biopolítica e interrogarnos más por el funcionamiento de las técnicas disciplinarias y biopolíticas en la actualidad, por sus transformaciones, su acoplamiento con otras técnicas, como las del *ethos* empresarial, que van configurando los efectos de conjunto del poder en nuestro presente. Al representar al neoliberalismo como una temporalidad global, tal como si fuese una revolución tecnológica, que reemplaza a la sociedad disciplinaria o biopolítica, se naturaliza una transformación que a su vez se presenta como autónoma e inevitable. Al mismo tiempo, se homogeniza bajo una coherencia unificada la experiencia del presente, unidimensionalizándola muchas

veces bajo los rasgos de ciertas experiencias de los países centrales. Por ello vale la pena trazar las genealogías minuciosas, buscar las emergencias, los relevos y desbloques de las técnicas de gobierno antes que deducirlas de supuestas transformaciones epocales. Nada es tan lineal ni unívoco en el terreno de la historicidad: para el genealogista, la historia es una mirada de acontecimientos. Ciertamente, si bien se impone hegemónicamente en un mundo globalizado, el *ethos* empresarial no funciona del mismo modo en la gerencia de una compañía global que en un barrio periférico de Viedma. Invertir tiempo en uno mismo no quiere decir lo mismo para el changarín que para el yupí. En cada una de sus articulaciones locales, tiende a homogenizar todos nuestros comportamientos al pasarlos por el rasero empresarial y comporta concretos efectos disciplinarios, biopolíticos y normalizadores. El *ethos empresarial* no es ajeno a la producción de un cuerpo dócil y útil, al acrecentamiento y extracción de las fuerzas del cuerpo humano vivo en términos de utilidad y la disminución de las mismas en términos políticos de resistencia. No es ajeno a unas técnicas de poder que toman a cargo el cuidado y la potenciación de la vida en su dimensión individual y en su dimensión colectiva, en su dimensión biológica y en su dimensión existencial, cuidado y potenciamiento del que además el *ethos* empresarial nos hace responsables. Finalmente, el *ethos* empresarial no es ajeno a una especie de penalidad y terapéutica normalizadora que pone al sujeto mismo frente a la obligación de participar activamente en la empresa de la evaluación permanente, que ordena, jerarquiza y excluye y que supone una medicalización y farmacologización cada vez más profunda de cualquier falla o desviación a la normalidad de la flexibilidad, precariedad y pro-actividad empresarial. Aunque todos nos vemos igualmente impelidos a comportarnos como empresarios, no todos somos empresarios de la misma forma.

Aunque no parta de un código de las conductas lícitas e ilícitas, aunque promueva la libertad, la agencia y la autonomía de los sujetos, la moral empresarial perfectamente puede producir formas de escisión tanto en el interior del sujeto como formas de exclusión en lo colectivo y puede montar todo un sistema de penalidad auto-culpabilizante. Como ya dijimos, no dispone de una Ley, pero tiene toda una jurisprudencia de las conductas exitosas y compone una axiomática de los comportamientos libres que se parece a un juicio permanente o, como diría Deleuze, a una moratoria indefinida. Una constante evaluación de nuestros rendimientos, de nuestras performances, una contabilidad permanente

de nuestras acciones, un *examen de consciencia* que coincide con todo el tiempo de vida y que mezcla los aspectos más “administrativos” de la tradición estoica y los más culpabilizantes de la tradición cristiana. Un examen según el cual no nos reconocemos como pecadores, sino como fracasados, como malos inversores, malos administradores de nuestra propia vida, de nuestro capital humano, incluso, y he aquí una de las cuestiones más interesantes de esta penalidad empresarial: un examen según el cual nos concebimos como *dependientes*, como no siendo lo suficientemente autónomos, incapaces de gobernar nuestra propia vida. De tal forma, en aquel que no es capaz de obtener una rentabilidad de su propio capital humano se revela la tara del *infantilismo*: es alguien que no es capaz de gobernarse a sí mismo. Así, bajo la novedad del *ethos* empresarial nos encontramos con la larga historia del *infantilismo* como filtro para el análisis de los comportamientos. Filtro, no habría que olvidarlo, que fue la llave maestra de las estrategias biopolíticas primero de la psiquiatría del siglo XIX y luego del racismo biológico de Estado. Así, este *ethos* que nos incita a ser *autónomos* y a medir constantemente nuestra autonomía en función de nuestro rendimiento, responde a nuestros fracasos tratándonos de una forma completamente pueril y con toda esa serie de dispositivos grotescos del buen emprendedor o las pastillas de la serenidad, la felicidad y la virilidad. El *ethos* empresarial nos condena a vivir en una ambivalencia que tiene dos polos, por un lado, nos demanda la autoproducción de unas vidas hiperactivas, hipereficientes, hiperprestacionales, hiperflexibles, hiper-farmacologizadas, en la búsqueda frustrante de unas metas siempre inalcanzables, y por otro, nos condena a unas vidas fracasadas, puerilizadas, responsabilizadas y culpabilizadas de unas condiciones de precariedad existenciales que las trascienden.

Entonces...

Comprender al neoliberalismo como arte de gobierno implica reconocer la importancia del *ethos* empresarial, es decir, la técnica por medio de la cual nos vemos incitados a dar libremente a nuestra existencia la forma de un capital. Al mismo tiempo, implica reconocer que neoliberalismo no designa una época, del mismo modo que disciplina o biopolítica no designan épocas sucesivas y pasadas sino un conjunto de técnicas, procedimientos, discursos que componen una tecnología de poder. De esta doble constatación, se deducen algunas consecuencias para pensar las resistencias en nuestro tiempo. Por un lado, si

la efectividad de las técnicas de poder que configuran el neoliberalismo se juegan en el terreno de los procesos de subjetivación empresariales, no podemos simplemente oponer al neoliberalismo la subjetividad y su plasticidad, las técnicas de sí que ponen a la existencia como objeto de una elaboración ética y estética. Esas técnicas son hoy un engranaje de la tecnología neoliberal, que nos pide que nos hagamos a nosotros mismos, siempre nuevos, siempre otros, siempre flexibles, que preguntemos siempre “What’s next?” y nunca “What now?”. Sin duda, no queremos decir que toda estética de la existencia, toda pregunta por nuestra sustancia ética y toda experimentación que busque la invención de nuevas formas de subjetividad singulares y/o comunes obedezca *per se* a un *ethos* empresarial. Pero sí nos parece apremiante señalar la dificultad que existe para toda resistencia que se piense en este terreno desde el momento en que estas han sido parasitadas por el *ethos* empresarial. Por otro lado, en relación a la segunda parte de la constatación, de nada sirve denunciar el neoliberalismo como nueva época histórica que llevaría la dominación a unas sutilezas tan perversas que nos hace sentir nostalgia por la estabilidad y rigidez de las instituciones disciplinarias y por las biopolíticas de Estado. No se trata de comparar cual régimen es más cruel, más sutil o más tolerable, no se trata de temer ni esperar decía Deleuze respecto a nuestro presente. Pero al mismo tiempo, seguir los apoyos, los desbloqueos, los solapamientos de las técnicas de gobierno en su historicidad no lineal, permite conectar las resistencias pasadas y las resistencias presentes, de lo contrario como lo sabía R. Walsh, las luchas se ven condenadas a comenzar siempre de nuevo, sin historia y sin memoria. Las trayectorias tecnológicas de las artes de gobierno están jalonadas por las luchas, no son el desenvolvimiento del Poder en la Historia. La historia es el archivo de lo que ya no somos, pero es también el archivo de las virtualidades que aún pueblan nuestro presente, eso que no somos, pero podemos ser. No nos empuja el pasado, sino lo que en él resta aún sin advenir.

Reconocida esta doble dificultad, la paradoja que quisiéramos señalar es que si el neoliberalismo no se define como una época sino como un conjunto de técnicas transidas por lo histórico y cuya efectividad se juega en el terreno de los procesos de subjetivación, es en ese mismo terreno donde hay que pensar, componer y experimentar las resistencias, reconocer que lo definitivamente político es la manera en que vivimos. Por ello decimos que no se trata de condenar toda resistencia que se piense en el terreno de la subjetivación, sino de comprender

que estas no son *a priori* un terreno de resistencia y que para componer maneras de vivir y pensar resistentes no basta con pensarlas y producirlas bajo las figuras de la autonomía, la libertad, la independencia, etc. Después de todo, esas son las líneas de fuerza de la subjetivación burguesa moderna, del individualismo posesivo, del “*rebaño autónomo*” diría Nietzsche, y de su revés, la *autoculpable minoría de edad* y la *puerilización* de nuestras existencias. Son esas mismas líneas de fuerza las que el neoliberalismo ha logrado traducir en su empresarialización de la existencia. Porque la empresarialidad es novedosa, pero *no tanto*: se inscribe en la larga historia de la colonización, la judicialización, la psiquiatrización, la medicalización de nuestras vidas y sus dispositivos siempre locales, sus articulaciones siempre concretas. ¿A partir de qué punto de intensidad o radicalidad las prácticas de subjetivación pueden devenir resistentes e incluso transformar las resistencias en una forma de vida *otra*? Combatir el neoliberalismo, implica sí combatirlo en nuestros cuerpos, en nuestras vidas cotidianas, en nuestro andar institucional, en nuestras relaciones, pero inventar *otras maneras de vivir* implica una crítica radical de los valores en curso, una historia y una geografía de nuestros modos de ser que abran el presente como lugar de lo posible.

Referencias bibliográficas

- BERARDI, F. *La fábrica de la infelicidad*. Madrid, Traficantes de sueños, 2003.
- DARDOT, P. y LAVAL, C. *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona, Gedisa, 2013.
- DELEUZE, G. *Derrames entre el capitalismo y la esquizofrenia*. Buenos Aires, Cactus, 2005.
- DELEUZE, G. “*Posdata sobre las sociedades de control*” en: FERRER, Ch. (Comp.), *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo*. Buenos Aires, Altamira, 1991. Pp. 115- 121.
- DELEUZE, G. y GUATTARI, F. *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia, Pre-textos, 2002.
- FOUCAULT, M. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México, Siglo XXI, 1997.
- FOUCAULT, M. *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. México – Madrid, Siglo XXI, 1998.

- FOUCAULT, M. *Historia de la sexualidad II, El uso de los placeres*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.
- FOUCAULT, M. *Defender la sociedad*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- FOUCAULT, M. *Dits et écrits, tomos I-IV*. Paris, Gallimard, 2001.
- FOUCAULT, M. *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- FOUCAULT, M. *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- FOUCAULT, M. *Hermenéutica del sujeto*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008.
- GAGO, V. *La razón neoliberal*. Buenos Aires, Tinta Limón, 2014.
- LAZZARATO, M. *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*. Buenos Aires, Amorrortu, 2013.
- LAZZARATO, M. *Il governo dell'uomo indebitato. Saggio sulla condizione neoliberalista*. Roma, Derive Approdi, 2013.
- LOREY, I. *Gubernamentalidad y precarización de sí. Sobre la normalización de los productores y las productoras culturales*, Instituto Europeo para Políticas Culturales Progresivas, 2006. [En línea: marzo de 2017]. Disponible en: <http://eipcp.net/transversal/1106/lorey/es>
- NICOLI, M. *Le risorse umane*. Roma, Ediesse, 2015.
- NICOLI, M. y PALTRINIERI, L. «Il management di sé e degli altri.» *aut - aut*, n° 362 (april-junio 2014). Pp. 49-74.
- PALTRINIERI, L. «Anarchéologie du management», en *Michel Foucault : Ethique et vérité (1980-1984)*, de LORENZINI, D. REVEL, A. y SFORZINI, A. (eds.). Paris, Vrin, 2013. Pp. 217-237.
- ROSE, N. «El gobierno en las democracias liberales “avanzadas”. Del liberalismo al neoliberalismo.» *Archipiélago*, n° 29, 1997. Pp. 25-40.
- SACCHI, E. y SAIDEL, M. “De la biopolítica a la estética de la existencia: ¿hacia una política de la vida?” *Revista El banquete de los dioses. Dossier: Estética de la existencia en Michel Foucault*, N° 3, Noviembre 2014-Mayo 2015. Pp. 11-41.
- TIQQUN, *Hombres-Maquina: Instrucciones de uso*, Ed. Digital [en línea: marzo de 2017] Disponible en: <http://tiqqunim.blogspot.com.ar/2013/03/hombres-maquina-modo-de-empleo.html>